

SERMON

SOBRE LA

NECESIDAD, RIQUEZAS Y VENTAJAS DE LA FÉ ⁽¹⁾.

Fides sperandarum substantia rerum.

Por la fé se conoce lo que no aparece por si mismo.

Ad Heb. cap. XI, v. 1.

El siglo en que vivimos, marcha con rapidez por la hermosa via de los adelantos: durante su magestuoso curso se han hecho admirables descubrimientos, y notables progresos en las ciencias naturales. Dios ha favorecido de un modo extraordinario á la actual generacion dotando de claras luces la inteligencia humana. ¿No es verdad que todos deseais tomar parte en la actual civilizacion? ¿No lo es que estais ansiosos de saber, y que os regocijais cada vez que teneis noticia de un nuevo descubrimiento? Yo lo aplaudo. El Criador ha querido hacernos á su imágen y semejanza, y nos ha concedido un alma racional y espiritual adornada con potencias que nos separan y distinguen de

(1) Este sermón es muy apropiado para aplicarle al viernes despues de la cuarta dominica de cuaresma, Evangelio de Lázaro, tomando por testo las palabras del mismo Evangelio: *¿Credis hoc?*

los irracionales. Debemos hacer un uso recto de estas potencias, y no dejarlas embotar, digámoslo así, por una vida parásita é infecunda.

Sin embargo, señores: yo veo que al tiempo mismo que los hombres se afanan y pasan las mas penosas vigiliass, dándose por satisfechos y recompensados si han logrado adelantar siquiera sea un paso en el camino de las ciencias, nada hacen para investigar cosa alguna de las que pertenecen al mundo superior, á la region que está al otro lado del sarcófago. ¿Puede el hombre prescindir de esto? ¿Debe prescindir porque son cosas superiores al alcance de la menguada inteligencia humana? Esto no seria otra cosa que abdicar la razon y hacerse semejante á las bestias. ¿Cuál es la cuestion en que mas debe fijarse la inteligencia del hombre? ¿Cuál es el estudio á que debe dedicarse con mas asiduidad y empeño? Vamos á escuchar á uno de los hombres mas sábios de nuestro siglo, al ilustre y malogrado Balmes. ¿Existo yo? ¿Dependo de otro? ¿Quién es este otro? ¿Qué quiere de mí? ¿Habrá quien se atreva á decir que estas son cuestiones de poca importancia y que no merecen nuestra atencion? Si esto no es importante, si no es digno del hombre, ¿dónde se hallará algo que lo sea (1)? ¿Y como podremos penetrar en la region de lo desconocido? ¿Quién nos comunicará el conocimiento de las cosas invisibles y celestiales? Solo la fé, dice San Lorenzo Justiniano (2) y ved, señores en la razon que nos fundamos para decir que la fé es la verdadera vida del cristiano:

(1) Balmes, Filosofia elemental, Historia de la Filosofia, cap. 63.

(2) Est namque fides sola quæ de invisibilibus et cælestibus scientiam præstat. Neque Divinam Essentiam, neque felicitatem perpetuam, neque naturam sciremus angelicam, nisi fides imbueret. San Laur. Justin., serm. de San Michael.

ella es el alimento nutritivo del espíritu; ella la que nos lleva por el conocimiento de las cosas visibles al de las celestiales é invisibles, como dice el Apóstol (1). Es, pues, necesaria la fé: nuestra propia razon debe someterse y sujetarse á otra razon superior que no es otra sino la razon de la fé, que es la ley de la sociedad cristiana. Es la mayor insensatez el resistir á este don precioso que la Divinidad nos ha concedido. Asi lo han comprendido hasta los mismos filósofos que arrastrados por el ímpetu de una imaginacion febril, y por el empuje de ardorosas pasiones han hecho la guerra á la razon católica. El mismo Voltaire al observar los grandes progresos que hace la razon desde el momento en que empezó á predicarse el Evangelio, «bien podeis, dice, considerar á la fé como una aliada que viene en vuestra ayuda, no como un enemigo á quien es preciso atacar: debeis estimarla, en vez de temerla (2).»

Deseo pues, M. A. Q., robusteceros en la fé, hoy en que tan necesaria nos es esta virtud, cuando el mundo parece querer erigir altares á la razon humana. Deseo que apreciéis en su justo valor este don y esta virtud, para que sea la norma de vuestra conducta, y vuestra guia en la oscuridad y tinieblas del mundo. El presente discurso, versará sobre la *necesidad, riquezas y ventajas de la fé*. Prestad atencion á materia de tanta importancia, que puede redundar en vuestro bien espiritual y temporal. Mas como me sean indispensables las luces de la divina gracia implorémoslas por la intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

(1) Ad Rom. cap. I, v. 20.

(2) Voltaire. Razon del Cristianismo.

PARTE ÚNICA.

Hemos dicho con el inmortal Balmes, que nada hay mas importante y mas digno del hombre que la práctica de la fé, es decir, el conocimiento de su existencia, de su dependencia de Dios, y en una palabra, de las cosas que están mas allá de la razon humana. Son verdaderamente inesplicables las riquezas de la fé. Ella es una luz, pero una luz que está envuelta en una respetable oscuridad. Así conviene á los altos designios de Dios. Nuestra religion está llena de misterios que dejarían de serlo si estuviesen al alcance de la inteligencia del hombre.

Ahora bien, señores, el hombre no puede vivir sin religion, y esta verdad ha sido reconocida hasta por los mismos filósofos paganos. Desde Adan siempre el hombre ha tenido religion. Es mas fácil, decia Plutarco, encontrar una república sin leyes, y una ciudad edificada en el aire que un pueblo sin religion (1). Examinad todas las religiones que han existido en el mundo, y encontrareis la verdad tan solamente en la ley natural impresa por Dios en el corazon del hombre; despues en la ley escrita que recibiera Moisés en la cumbre del Sinaí, y por último en la ley de gracia que tenemos la dicha de profesar, que es una continuacion de aquella, promulgada por Jesucristo, Hijo de Dios y Redentor de la humanidad. Desde el principio de los

(1) Si totum orbem peragres invenies urbem sine litteris, sine rege, sine domibus.... at urbem sine templis, sine Diis, nemo reperit reperitque. Immo facilius duco ædificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi et subsistere, fide deorum sublata. (Plutarch. advers. Colotem Epic.)

tiempos fueron aceptables á los ojos de Dios, y recibieron grandes y copiosas bendiciones aquellos héroes que se distinguieron por la práctica de la fé. Así el apóstol San Pablo, haciendo el elogio de este don precioso, recorre la escala de los tiempos, haciendo particular mencion de Abel, de Noé, Abraham, Moisés, Gedeon, Sanson, David, Samuel y otros muchos patriarcas y profetas, los cuales por la fé, conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, apagaron las violencias del fuego, evitaron el filo de la espada y fueron fuertes en la guerra, sin que les arrebataran los tormentos, pues que todos ellos fueron probados por el testimonio de la fé (1). Con razon, pues, Salomon habia dicho ya en el libro de la Sabiduría que el Señor es hallado por aquellos que no son incrédulos, y que se manifiesta á los que en El tienen fé (2).

Y bien, el Señor que, como dice el mismo San Pablo, dió antiguamente la fé á los hombres, hablándoles por sus profetas, nos la ha dado á nosotros por medio de su Divino Hijo, que compadecido de nuestra miseria se revistió de nuestra carne, y habitó entre nosotros, enseñándonos con su ejemplo y doctrina, y expiando despues en su persona con terribles tormentos y cruel muerte de cruz los pecados de la humanidad. Uno de los momentos mas solemnes de la vida de Jesucristo entre los hombres fué aquel en que subiendo á la cima del Tabor, se trasfiguró en presencia de tres de sus mas predilectos discípulos. Cuando todo presentaba allí un verdadero trasunto de la Jerusalem celestial, se oyó la voz del Eterno Padre que exclamó: «Este es mi Hijo muy amado en el que mucho me he

(1) Ad Heb. cap. XI.

(2) Sap. cap. I. v. 1 y 2.

complacido: oidle (1).» ¡Testimonio admirable de la Divinidad de Jesus, presenciado por los que habian de llevar la gloria de su nombre hasta los últimos confines de la tierra! Jesucristo es Dios. ¿Habeis oido la voz del Eterno Padre que os manda reconocerle y escucharle? *Ipsium audite.* ¿La habeis oido vosotros los que os llamais espíritus fuertes, y rechazais la fé? ¿La habeis oido los que no teneis otra regla de conducta que el capricho? Pues bien; rechazad la fé, y habreis rechazado á Jesucristo. Apartaos de Jesucristo, y en vano buscareis esa felicidad, por que anhela vuestro corazon, toda vez que la verdadera felicidad está reservada para los que oyen á Jesucristo, practican su fé, y observan sus mandatos.

¿Y cómo es que hay hombres que se llaman cristianos, que lo son porque están bautizados, y que sin embargo resisten á la fé? ¿Por qué es esto? ¿Por qué la combaten? Oigamos el sábio razonamiento de un célebre orador de nuestros dias, cuyos profundos conocimientos son apreciados en su justo valor por los hombres entendidos. «Una palabra lo dice todo: á la cuestion de la fé divina vá unida la cuestion de una virtud divina. Esta virtud es la que hace tener miedo á la fé. No es la razon la que resiste; es el corazon, son las pasiones. Las verdades de la fé llevan en pos de sí deberes que cumplir, que son como frutos de ella, como consecuencia de ser ella la regla, la ley de nuestras acciones: estos deberes repugnan; estos sacrificios espantan, y el corazon dominado por las pasiones se revela contra la fé. Si esta se redujera á una coleccion de verdades especulativas á que nada tuviera que res-

(1) Math. cap. XVII.

ponder la práctica, de seguro no habría incrédulos, ó serian muy raros (1). Este mismo escritor demuestra con razones las mas convincentes que no hay incrédulos en el sentido absoluto de la palabra. Vamos nosotros á discurrir sobre este asunto.

¿Cuál es la causa de vuestra incredulidad? El que no comprendéis y os resistís á doblegar vuestra razon á verdades que están sobre ella: ¿Comprendéis como está formado, como se sostiene, como cumple una ley el monarca de los astros, el sol, alumbrando sucesivamente todos los pueblos de la tierra? ¿Comprendéis el por qué del curso de las estaciones, y las demas maravillas de la naturaleza? Todo esto está sobre vuestra razon y sin embargo lo creéis. Sería ridículo por demás, negar una cosa porque no se pueda comprender. Permitidme, señores, que aunque falte por un momento á la gravedad propia de este sitio, os recuerde un dicho del célebre Lacordaire, en una conversacion habida con un incrédulo. Instaba este que no le era posible creer lo que no comprendia, y el profundo y erudito dominico que en aquellos dias admiraba á la Francia, desde la cátedra de Nuestra Señora de Paris, le sale al encuentro diciéndole: ¿Comprendéis como se forma el huevo en el seno de la gallina? Contestó aquel que no. Y sin embargo, repuso el Padre Lacordaire, es indudable que creéis en la tortilla. De este modo es necesario á veces tratar á los incrédulos. Pero vengamos á otro terreno. Si no creéis las verdades reveladas, creéis necesariamente otras cosas que no os pueden ser mas comprensibles y

(1) Sermones del Santísimo Sacramento, predicados en Santo Tomás de Madrid por el Dr. D. Benito Sanz y Forés, canónigo lectoral de Tolsa. Año de 1862. Sermon II.

quereis mejor sujetar vuestra razon á lo que no puede ser otra cosa que veleidades de la fantasía que á la verdad católica. La revelacion os dice: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra (1).» Vosotros rechazais esta verdad y ¿que creéis? Que el mundo fué hecho por sí mismo ó por la reunion de los átomos. ¿Y no os parece ridícula esta creencia? Pues bien: si necesariamente habeis de creer algo, creer lo racional, lo justo: creed la revelacion, creed el Evangelio. Si ahora nos propusiéramos examinar una por una las verdades reveladas: si fijáramos nuestra atencion con algun detenimiento en la idea en que la fé católica nos dá de Dios, de nosotros mismos, de nuestros deberes y de las esperanzas que deben sostenernos en el mundo, comprenderian cuán felices somos los que tenemos la dicha de vivir de la fé. Ella, señores, nos es necesaria, porque es la luz que nos guia en medio de la oscuridad y tinieblas del mundo: sin fé nos seria insoportable la presente vida y sus continuos sinsabores nos arrastrarian á la desesperacion. Veamos ahora y contemplemos las riquezas de la fé.

En primer lugar ella nos descubre de un solo golpe de vista, y nos hace conocer la existencia de un Dios Creador, autor de cuanto existe, que cuando fué su voluntad soberana, todo lo sacó del caos profundo de la nada. Un Dios que todo lo vé, que todo lo gobierna en peso, número y medida: un Dios, en suma, por quien existimos, nos movemos y somos como dice el Apóstol. La fé, que es una luz sobrenatural, emanacion de la Divinidad, nos hace conocer las delicias que nos estan reservadas en nuestra verdadera pátria

(1) Gén. cap. I, v. 1.

que es la Gloria. Por ella sabemos los grandes misterios que no podemos comprender, y por ella somos conducidos como por la mano á nuestro último destino. Contemplad, M. A. O., dos hombres afligidos por la misma necesidad, agoviados bajo el peso de idénticos trabajos: pero que el uno tiene fé, mientras el otro carece de ella. ¡Qué cuadros tan diversos! El que no tiene fé se entrega á la desesperacion, está pronto á cometer cualquier crimen por horrendo que sea y como nada vé al otro lado del sepulcro, con facilidad es arrastrado al suicidio. El otro, por el contrario, mira la vida presente como un tránsito para otra mas feliz, se considera tan solamente como viador, y sufriendo con resignacion todos los trabajos, fija su esperanza en el cielo, ofrecido á aquellos que aman á Dios y observan sus mandatos. Tales son las riquezas de la fé, de este don precioso que el Señor en su infinita misericordia se ha dignado concedernos, dádiva que nunca sabremos apreciar en su justo valor. ¿Qué méritos hemos hecho nosotros para que el Señor nos conceda esta gracia singular? Hé aquí lo que debe ser objeto de nuestras meditaciones y lo que debe escitar nuestra gratitud.

Pero habeis de comprender, señores, que no basta conocer las ideas en que está fundado el cristianismo y acogerlas benignamente: para ser verdadero cristiano, es necesario creer y hacer práctica la fé por el ejercicio de las buenas obras. Oid el Evangelio: «Jesucristo ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios, á cuantos le recibieron y creen en su nombre (1).» Es constante que toda la humanidad cree en Dios: luego

(1) Joan. cap. I, v. 12.

en toda la humanidad hay fé: pero la fé que salva, la fé que justifica, la fé que nos hace hijos de Dios, es la que tiene su base en el amor, porque como dice oportunamente Lacordaire, se cree de buen grado lo que se ama, y rara vez lo que no se ama. Si amais á Dios hareis rápidos progresos en la fé, porque ella habrá tomado posesion de vuestro corazon. Y no me diga alguno de vosotros: «Yo soy hombre de fé,» porque os preguntaré de contado, ¿cómo lo demostrais? Sereis por ventura lo que con facilidad llama la sociedad un hombre de bien. Pero debeis no olvidar, que si la fé es don, es tambien virtud, y de la virtud no puede por lo tanto separarse. ¡Ah! ¡Qué palabra acabo de pronunciar! Virtud. No hago mal á nadie: la sociedad nada tiene que reprocharme: soy un hombre honrado. Si el cristianismo exigiese tan solamente virtudes estóicas, en este caso nada tendria que objetaros. Pero no son estas sus exigencias: quiere virtudes prácticas, obediencia á los divinos mandatos, resignacion en los trabajos, paciencia en las adversidades, quiere en suma virtudes basadas en el amor divino. Yo os presentaré ejemplos de esta fé, asi en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Abraham, por creer, adquirió la justicia y recibió las mas copiosas bendiciones: se le exige un doloroso sacrificio y no titubea en ofrecerlo: ¿por qué? Porque es impulsado por el amor de Dios que alienta, que vivifica, que hace verdadera la fé. Ama á su hijo, pero ama sobre todas las cosas á su Dios y no titubea un momento. Apenas escucha el soberano mandato, conduce á Isaac al monte destinado para el sacrificio, le hace cargar sobre sus hombros la leña y levanta el brazo armado para dejar caer sobre su inocente cuello la cuchilla. Job, bendice á

Dios en el tiempo de la felicidad ¿y deja de bendecirle demostrando su fé, cuando la adversidad del modo mas terrible le visita? Abrid con el respeto debido las páginas de la Escritura Santa, y leed en aquel libro de oro, la historia de este varon modelo de paciencia, de resignacion y de fé. Cree en Dios con una fé viva y eficaz: sabe que la vida presente no es el término del hombre, y al verse privado de sus bienes, abandonado de sus mas amigos, cubierto de llagas, y precisado á vivir en un muladar, se llena de consuelo en la esperanza de que vive Dios su Redentor y de que revestido de su misma carne le ha de ver y disfrutar. Ved aquí, señores, los grandes prodigios de la fé. Otro hombre en quien no hubiese resplandecido esta virtud, hubiese sido arrastrado á la desesperacion y con los bienes temporales, hubiese perdido los eternos.

¿Deseais ahora ver practicada esta virtud en la ley de gracia, en el seno mismo del cristianismo? En cada uno de los diez y ocho siglos cumplidos que cuenta de existencia, han florecido multitud de estrellas brillantes que han hermoseedo la militante Jeresulen, y que han sido sus mas firmes sustentáculos: héroes admirables á quienes las persecuciones, las calumnias, los padecimientos y los mas crueles tratamientos solo han servido para corroborar su fé. Si asi obrais vosotros, mis amadísimos hermanos, si sois sufridos en la adversidad, pacientes en los trabajos, si en una palabra amais á Dios sobre todas las cosas y todo lo sufrís gustosos por su nombre, en este caso os diré que teneis fé práctica que es la que puede justificarnos.

Aun no lo he dicho todo: en los tiempos que atravesamos es necesario aun mas, es menester hacer pú-

blica ostentacion de la fé. La razon salta á la vista. Nosotros sabemos que el cristianismo no es una quimera sino una realidad. Sin embargo, sus enemigos le combaten sin tregua ni descanso. Unos niegan atrevidamente la existencia de Jesucristo, y otros que á tan ridículo extremo no quieren llevar su audacia, se contentan con quererle despojar de la brillante aureola de su divinidad. ¿Qué ha dejado de hacer el racionalismo moderno por debilitar con arte el brillo histórico de la vida de Jesus? ¿Qué medios no ha puesto en juego para hacerle aparecer sino como un personaje fabuloso, al menos como un hombre de talento, que se hizo la cabeza de una nueva secta, y que llevó su fanatismo hasta el término de sacrificar su vida por la inmortalidad histórica? Afortunadamente han sido brillantemente pulverizados tan groseros errores, y el Cristo del siglo XIX se muestra tan lleno de magestad y de gloria como el Cristo del Tabor. Contra la verdad nada pueden los esfuerzos humanos.

Vosotros que apreciáis en su justo valor el cristianismo, vosotros que os descubris respetuosos é inclináis vuestra cabeza ante la Cruz salvadora y civilizadora, lábaro de las mas preciosas conquistas, os admirareis del fenómeno que todos estamos presenciando. Este fenómeno no es otro que la actual debilidad de la fé. El hombre clama por una absoluta independencia: ante bienes ficticios aparta su vista de bienes reales; ante fantasma de felicidad, se espanta y huye de la felicidad verdadera. Ved aquí el efecto de las predicaciones del racionalismo. Lo nuevo llama siempre la atencion: lo bello deleita los sentidos. Pues bien, la impiedad en su afan de arrancar la fé de los corazones adorna sus libros de bellezas y en vasos de oro

ofrece á la juventud el veneno. Sin embargo, el Cristo de ayer es el Cristo de hoy y el Cristo de los siglos, como dice el Apóstol (1) y como su vida está referida en una Escritura pública, que es un encadenamiento de públicos acontecimientos, como no cabe en lo posible negar con razones que en su persona se realizaron todas las profecías, que sus prodigios fueron demostraciones palpables de su divinidad; como su Iglesia se sostiene á través de los siglos y de las persecuciones en el mayor estado de brillantez, de aquí que sus detractores se convierten muchas veces sin conocerlo ellos mismos en apologistas involuntarios de Jesucristo y de su Iglesia. Hace poco, que un nuevo corifeo de la impiedad dió á luz en Francia una nueva producción cuyo objeto es combatir la divinidad de Jesucristo. ¿Y qué se encuentra en ese plagio de añejas doctrinas de la escuela alemana? ¿Qué hace ese hombre sin dignidad de escritor, que se presenta á la sociedad como un segundo Strauss? Escita la curiosidad, lleva á cabo un negocio puramente mercantil: pero el hombre sensato, el que sabe discurrir, observa sus grandes contradicciones, sus absurdos sofismas, y lejos de debilitarse en la fé, se afirma en ella. Pero ello es cierto por desgracia que tales producciones de las que está plagada la sociedad andan de mano en mano y muy principalmente entre jóvenes inespertos. Ved aquí por qué os decía que era necesario hacer pública ostentacion de la fé. No basta encastillarse en las creencias, y el cristianismo está interesado en que los verdaderos fieles se presenten ante la sociedad moderna como campeones de la fé. Lobos rapaces in-

(1) Ad Heb. cap. XIII, v. 8.

timidan al rebaño de Jesucristo haciendo víctimas. Pues bien: seamos nosotros la contraposición de esos hombres protervos.

No lo dudeis: la sociedad está enferma por la debilidad de la fé y solo la fé ha de salvarla. La sociedad es nuestra madre y los hijos no deben, no pueden jamás hacerse indiferentes á los padecimientos de una madre. Trabajaremos, pues, cuanto nos sea posible por contener el mal, oponiéndonos á la impiedad con nuestra piedad, al mal con el bien, al libertinaje con la fé. Prevalezca en nosotros la verdad al error, lo infinito á lo finito, lo que ha de durar siempre á lo que es tan solamente pasajero. Entonces seremos hombres de fé, verdaderos cristianos. Amad, hermanos míos, pues en el amar está la virtud. Amad á Dios sobre todas las cosas y á vuestros hermanos como á vosotros mismos, no olvidando que esta es la caridad que dá valor, que justifica, que, en una palabra, hace verdadera la fé, y que la fé es la que ha de hacernos felices en los tiempos y mas felices en la eternidad. Amen.